

CARLOS SENTÍS

Por una concordia

No bien hubo llegado a Madrid, a mi amiga le faltó tiempo para llamarme por teléfono. Regresaba de unas cumplidas vacaciones en la Costa Brava y quería comprobar si había vivido en la inopia. "Tú que viviste ya en tiempos de preguerra civil -me dijo-, quisiera que evaluaras lo que me ha dicho el taxista que me recogió a mi llegada". Me contó que en una conversación distendida el taxista le había dicho que estábamos en vísperas de una guerra civil o, cuando menos, de un golpe de Estado. La tranquilicé en la medida de lo que pude, pero yo mismo, a pesar de leer periódicos y hablar con informadas personas, quizá no había calibrado el alcance producido en sectores de la opinión pública madrileña y española por ciertos medios de comunicación y declaraciones catastrofistas de dirigentes del PP. Han sido muchas semanas y meses a cuenta del Estatut y otras cuestiones relacionadas con Catalunya lo que ha dado pábulo al aumento de la crispación ya existente en el terreno político. El PP como oposición al Gobierno y al PSOE no ha cejado un momento, como si la legislatura actual fuese toda ella, de cabo a rabo, una circunscrita campaña electoral.

Los taxistas, en general, son personas informadas, por lo menos de lo que se dice, aunque no siempre coincide con "lo que hay". Son muchas horas, las suyas, de conexión con emisoras de radio y lecturas de periódicos en sus momentos de espera. Los de Madrid, por vivir y trabajar en la capital, tienen, o creen tener, mayor acceso a una alta información. Vicent Sanchís ha utilizado para alguna de sus columnas conversaciones sostenidas con algún taxista de Madrid. Son todo un síntoma, pero, como otras informaciones, no hay que tomarlas al pie de la letra. De la letra impresa o de la palabra, que a veces es más iletrada.

Cierto es que la Guerra Civil del 36 cayó para muchos por sorpresa. Incluso en Madrid, ciudad a la que se presentó como "alegre y confiada". Pero la Guerra Civil la quisieron unos u otros, y hoy no creo que la quiera nadie, aunque exista políticamente un clima de crispados enfrentamientos. Le dije a mi alarmada amiga que más que un prin-

pio de guerra civil quizá se vivía un coleteo de la que acabó oficialmente en 1939, pero que anímicamente perduró. Los llamados maquis atacaron sin éxito deslizando por los Pirineos y dando pretextos a Franco para que éste dijera que tenía que permanecer en un plan de general en jefe "Yo o el comunismo". Cuando vino la transición pudo parecer que se habían acabado los coleteos de uno y otro lado, pero hubo algunas reaccio-

gunda Guerra Mundial. Por ahora y tanto ETA existe y también ultras cobijados en determinados partidos políticos que esperan de ellos múltiples votos.

A veces los enfrentamientos aludidos se deben a un problema semántico. Ignoro si el mencionado taxista le habló a mi amiga de una España dividida o desunida. No es lo mismo dividida que desunida. Dividida políticamente y en demasía, sí lo está. Otra cosa sería *desunida*, que como falso pretexto utilizan el PP y sus afines para sus anuncios catastrofistas. La unidad de España, con éste u otro Estatut, no está en absoluto en juego. Cualquier estructura administrativa no cambia lo esencial. Una Alemania Federal y sus estados norteamericanos no están menos *unidos* que los territorios de Francia, modelo de un centralismo exagerado. Un llamado jacobinismo que se impuso cuando la Revolución sobre los girondinos, partidarios del regionalismo tradicional de la Francia poderosa de los Luíses.

Justamente en uno de los mejores discursos pronunciados por el president Maragall a cuenta de su última Diada, ha dicho que el Estado español está hoy más sólido que antes. Estado también es -cosa que se olvidaba la Generalitat o autonomía definida por una ley orgánica de la vigente Constitución. La misma Constitución que el PP antepone a todo y que también fue votada por Catalunya en su momento. El *patriotismo constitucional* no es una exclusiva del PP, sino que, en todo caso, es compartido por la inmensa mayoría de los catalanes. Como en todas partes, existe una minoría disidente que, en este caso, se nutre de la campañas anticatalanas que proporcionan militantes a ERC.

La Generalitat, por boca de su todavía president Pasqual Maragall, alargó, en la Diada, su mano de paz. Por la concordia fue el deseo manifestado en un concierto dirigido por Riccardo Muti. El poder de convocatoria del Grup 7, presidido por Adela Subirana e integrado por empresarias, consiguió reunir, en ese concierto, a las principales autoridades catalanas y a notables representantes de la sociedad civil.

Por la concordia. He ahí un lema para el inmediato futuro.●



KRAHN

EL 'PATRIOTISMO constitucional' no es una exclusiva del PP; en todo caso, es compartido por la inmensa mayoría de los catalanes

nes armadas de los ultra y sobre todo un desarrollo de la ETA, que mató más cuando advino la democracia que cuando se extinguía la dictadura. Los mismos de ETA se han presentado como herederos de los gudaris o soldados de Euskadi del 1936. En los momentos más esforzados de la transición, ETA arreció contra los militares de toda graduación, según las posibilidades que encontraba para matar. Intentaba provocar un levantamiento u ocupación militar del País Vasco que diera pretexto a una lucha de *resistencia*, que se pudiera comparar con las vividas en determinados países europeos durante la Se-

tas, fascinantes. El ritmo constante y la melodía yendo de la calma al alborozo, los pies punteando tranquilos o saltando con una alegría contagiosa.

Pasados los primeros momentos de hechizo, el espectador anónimo se dedica a observar otros detalles. Se han formado varios coros, algunos concéntricos, el más amplio envolviendo otro menor. Bailan más mujeres que hombres, más adultos que jóvenes, algunos niños. Una nueva persona decide agregarse y unas manos se separan para unirse ahora a las recién llegadas. Es un gesto natural y bello que cabe tomar como símbolo del carácter catalán, siempre dispuesto a acoger sin alharacas y con sinceridad, integrador siglo tras siglo.

Y el espectador se pregunta por qué no hay más hombres en cada uno de los círculos, y más gente jo-

ven. Cree que es un mal síntoma que unos y otros permanezcan ajenos a un baile popular que, por sus connotaciones de concordia, va más allá del folklore. Al no existir competencia ni exclusión, redundan

ES SÍMBOLO del carácter catalán, siempre dispuesto a acoger sin alharacas y con sinceridad

en un buen aprendizaje para los más jóvenes y en un ejercicio positivo para los adultos. Hay muchachos y hombres que basan su diversión en la práctica de deportes de

MÀRIUS CAROL

Baleado

Lo peor que uno puede hacer ante un tiroteo es ponerse en medio. Las páginas de ayer de *La Vanguardia* reflexionaban sobre el riesgo de las fuerzas de interposición enviadas por la ONU a Líbano e informaban de la loca irrupción de un pistolero en un colegio de Montreal donde alguno de los heridos era alguien que pasaba por allí. Sin embargo, en las páginas de Opinión descubrí un artículo donde uno de los baleados era yo en una disputa entre el escritor Juan Marsé y el articulista Manuel Trallero. Así que al leerlo grité: "¡Agh!", que era lo que exclamaban los heridos de las *Hazañas Bélicas* de mi infancia.

El artículo de Marsé era una réplica a otro de Trallero en el que el columnista comparaba a Günter Grass con el autor de *Últimas tardes con Teresa* porque, a su juicio, el primero ha reconocido que se ha inventado algún capítulo de su pasado, mientras que el segundo "ni eso". Se refería a que Grass ha reconocido que en su juventud estuvo en las SS y a que Marsé asegura haber presenciado el coche y el lugar en que enterraron a Carmen Broto, la heroína de su novela *Si te dicen que caí*. No parece la comparación muy proporcionada, estuviera o no en la calle Escorial el día de autos, pero ése no es el tema. Manuel Trallero y Josep Guixà escribieron un documental libro sobre Carmen Broto cuya tesis final es que era una pobre desgraciada y no la alcahueta de un arzobispo, ni la querida de un conocido financiero, ni una Marilyn de barrio, ni siquiera una prostituta de lujo. El libro pone a caldo a todos los que han escrito de la Broto, incluido a Marsé.

Trallero, con quien discrepo de casi todo -incluso convertimos nuestras discrepancias en un espacio radiofónico en RAC-1, donde nos zurrábamos de lo lindo- me pidió que le presentara su libro junto a Arcadi Espada y Francesc Escribano. Marsé obvia a Escribano y se refiere a Espada y a mí "como esos chicos" que tenemos un raro ojo para detectar la calidad, objetividad y veracidad periodística. Como no usé ninguna de estas tres palabras en mi intervención escrita, me he sentido daño colateral en la polémica. En cambio, sí dije: "Lo que quizás resulta excesivo a mi juicio es el ajuste de cuentas de los autores con casi todos los que han escrito sobre la cuestión, especialmente con Juan Marsé, que en definitiva escribió una novela sobre la Broto".

Ocurre, sin embargo, que la crónica del acto publicada en este diario me hacía proclamar que el libro "es una crónica 'impecable' a dos generaciones de periodistas que escribieron sobre el asesinato de la Broto", cuando lo que afirmé en realidad es que la obra "es una crónica 'implacable' a dos generaciones de periodistas...". La culpa fue seguramente de la acústica del local, pero confieso que ayer me sentí baleado. De oídas, pero baleado. ¡Agh!●

EULÀLIA SOLÉ

La sardana

Un lugar de la costa, la plaza mayor de cualquier pueblo, un espacio adecuado en la ciudad son propicios para acoger una audición y baile de sardanas. Joan Maragall ya dijo en su día que se trata de "la danza más bella de totes les danses que es fan i es desfán" (la danza más hermosa de todas las danzas que se hacen y deshacen), pero es algo más. Basta contemplar cómo se forma un corro pequeño que va creciendo con la sucesiva y libre incorporación de nuevos bailadores. Personas de edades diversas, altas o bajas, gruesas o delgadas, que bailan mejor o peor. Las manos tendidas y siempre dispuestas a acoger a alguien más. La sardana es la danza de la fraternidad, de la igualdad y de todas las oportunidades.

E. SOLÉ, socióloga y escritora

No es necesario tener pareja para intervenir como en otros bailes tradicionales. Cada cual decide dónde y en qué momento se coloca. Entre éste o aquél, ésta o aquélla; al principio de los compases, a media audición, a punto de concluir. Hay gente mayor que espera a que se acerque el final para no cansarse demasiado, imaginando, a sabiendas de que no es cierto, que conserva la energía de la juventud.

Alrededor de los que bailan se congrega siempre un cúmulo de espectadores que contemplan como extasiados el ir y venir acompasado de los brazos extendidos, los cuerpos erguidos y los pies todos a una, de un lado a otro como un péndulo. La música acompaña la visión, y es como estar mirando el movimiento de las olas en la orilla del mar, el juego de las llamas en el fuego de una chimenea, siempre iguales y distin-

competición o en su seguimiento, deslumbrándose ante los campeones y desdeñando a los que no triunfan. Actitudes que se contraponen al ánimo de la sardana, abierta y sin rivalidades, lo cual promueve la armonía y aleja la agresividad.

Los escolares aprenden a bailar sardanas, al menos en la escuela pública, pero luego desaparecen de las horas de ocio. Las modas son otras, los propios padres viven ajenos a ellas, sin advertir que formar parte de una colla podría ser, como hace pocos años, una diversión más saludable que otras en boga.

Y al espectador le gusta imaginar que los coros se engrandecen con las manos de extranjeros de piel oscura o clara, de personas de todos los credos, de contendientes de guerras que dejan de existir, puesto que las manos enlazadas no pueden disparar.●